

INTRODUCCIÓN AL BINOMIO «EDUCACIÓN Y CLONACIÓN»

Introduction to the binomial «education and cloning»

José Luis Corzo

La lengua tradicional entre pedagogos y educadores, suele entender el verbo educar como una acción transitiva que pasa del educador al receptor, como se entrega a otro un objeto (la educación). Esa sería la operación *bancaria*, criticada por Paulo Freire, que nos lleva de suyo a un berenjenal de supuestos disparatados, como tener que definir los «contenidos» de una buena educación (también las hay malas) y suponer que todas las vidas son iguales o deberían serlo bajo un modelo único común para todos. Habría que establecer además los requisitos básicos del donante y del receptor, aunque sea tan difícil —si no imposible— verificar si los educadores están bien educados... Pero, a pesar de todo, la literatura pedagógica habitual está plagada de tópicos idealistas, y construida (en el fondo y en la forma) sobre ese gravísimo supuesto: el paradigma o esqueleto que configura el concepto de educación es el de la enseñanza (instrucción, aprendizaje...). Las cosas, sin embargo, pueden ser de muy otra manera: la enseñanza tiene su razón de ser y su lugar privilegiado en la escuela, pero todos los seres humanos nos educamos —o no— a cada paso y en todas partes, y en un proceso vital y personal muy diferente, independiente de la escuela y al alcance absolutamente de todos. Hay personas instruidas muy mal educadas y, analfabetos, muy bien realizados como personas. Por si no bastaran los hechos, hay muchos pensadores que cuestionan y descartan el proselitismo escolar o educativo.

Manuel García Morente (1886-1942), catedrático de Filosofía en la Complutense, exiliado y converso, ordenado sacerdote en 1940 y en proceso de beatificación, por citar un ejemplo menos conocido, escribió:

«El maestro ha de trabajar sobre un material que es el más sensible, dúctil, maleable y al mismo tiempo el más atractivo: la humanidad joven. Se le ofrece, pues, espontáneamente la posibilidad de ejercer una influencia sobre esas almas tiernas, imprimiendo en ellas no sólo el saber que posee, sino además sus convicciones personales, sus ideales propios, acaso lo que él considera como su misión en la sociedad de que forma parte. ¿Es lícito al docente entregarse con sus alumnos al proselitismo? Evidentemente, no. La misión del docente está claramente señalada. El maestro tiene por función peculiar el incorporar a sus discípulos a la realidad del mundo, material, espiritual, moral, estético en que van a vivir. El docente puede, como persona privada, tener sus ideales particulares; puede pensar que tal o cual institución está mal organizada; que el momento histórico presente exige tales o cuales convicciones nuevas. Puede también manifestar esas sus convicciones, esos ideales; puede propugnarlos; puede defenderlos y propagarlos. Pero no puede, no debe hacerlo con sus alumnos, en su escuela, en su cátedra. De la escuela y de la cátedra debe alejar el docente todas sus convicciones privadas, políticas y religiosas (...) Sin duda esta renuncia del docente a actuar como reformador es una de las más penosas y dolorosas que la virtud de su profesión le exige». [En «Virtudes y vicios de la profesión docente»: *Revista de Pedagogía* 169 (1936) 1-13].

La credibilidad de esta tesis se percibe mejor cuando los clonantes podrían ser «los otros» (con el *libro rojo* de Mao, por ejemplo, o los nazis), no «los nuestros». Pero de todo hay. Véase un segundo testimonio español, el de Antonio Tovar (1911-1985) filólogo, rector de la universidad de Salamanca tras desvincularse del franquismo y llegar al exilio.

«Se ha hablado más de una vez de la educación en las edades heroicas. Los héroes homéricos, se nos ha dicho, tienen un ideal educativo (...) Mas si nos detenemos a examinar las cosas, lo característico de los jóvenes de la epopeya, lo que los hace más admirables, envidiables, sorprendentes, divinos, es su espontaneidad, su vigor no falsificado ni estorbado ni comprimido. Pues el fondo mismo de la civilización —to-

mando esta palabra en todo el valor peyorativo que es a veces necesario — consiste precisamente en que se consiga educar a los hombres; es decir, intervenir en los abismos del ser humano donde están los resortes de la acción. La educación es poco menos artificial que el injerto y hace dar al hombre frutos distintos de los originarios». [En *Vida de Sócrates*, Alianza, Madrid 1999) 203].

Y todavía un testimonio reciente francés, a propósito del conocimiento de las religiones en la escuela, casi una quimera en España la enseñanza de la religión parece ser siempre confesional. Es de Régis Debray (1940), líder en la revuelta parisina del 68 y, luego, profesor universitario. A raíz del 11S de 2001 el ministro Jack Lang le encargó un estudio sobre el conocimiento religioso de los estudiantes franceses.

«La República [francesa] se honra de no confundir la instrucción de los espíritus con la seducción de las almas (...) Nada autoriza a un profesor laico a creerse superior, ajeno a estos fanatismos y supersticiones, encaramado a algún Aventino moral... Lo que otros sapiens-sapiens como yo han podido profesar o practicar un día, en Asia o en América o en África, ¿cómo voy a atreverme, participe de la misma filogénesis, habitante del mismo planeta, a juzgarlo totalmente incomprensible e increíble?» [En «Qu'est-ce qu'un fait religieux?»: *Études* 3973 (2002)169-180].

Podría multiplicar los testimonios contrarios a este empeño — aparentemente tan razonable — de fabricar los hombres y mujeres que la sociedad necesitará mañana. Algunos ya se citan en el monográfico de *Educación(NOS)* 62 (2013), que sirvió de referencia a esta edición de la Cátedra Calasanz: Prefiero, en cambio, sugerir, no más, una atención a

La semántica de educar, ya que para saber mejor lo que nos pasa, conviene observar las palabras *en que vivimos*. Porque todas fueron metáfora alguna vez, aunque la mayoría de ellas ya no se acuerdan. ¿Qué imagen contenía educar en un principio y qué visiones nos oculta hoy? ¿Por qué nos empeñamos en?

Educar se remonta al verbo **educō**, *educas, educare, educavi, educatum* (de la 1ª conjugación y transitivo), que significaba: educar, criar, cuidar, alimentar, formar, instruir, producir. Y, en pasiva,

crecer. Pero en latín también existía el verbo **educo**, *educis*, *educere*, *eduxi*, *eductum* (de la 3ª y transitivo), que significaba hacer salir (sacar la espada, la suerte, el fondo de un lago); citar o hacer comparecer; elevar (una torre), ensalzar; criar a uno desde niño, asistir a un parto, poner (huevos). Hay pedagogos que dicen que este 2º verbo explica mejor la educación. En cualquier caso, ambos proceden de otro verbo latino y raíz que es **duco**, *ducis*, *ducere*, *dux*, *ductum* (3ª transitivo), con varios significados: **a.** sacar [hacia sí, la espada, por ej.], **b.** tomar [tras de sí] llevarse, conducir, guiar, **c.** tirar de [a lo largo], construir, estirar, moldear [poético], **d.** enumerar [una tras otra] considerar, estimar, valorar. Sus derivados castellanos son muchos y muy ilustrativos de lo que imaginamos sobre educación. Derivados de *ducere*: abducir, aducir, conducir, deducir, *educir*, inducir, introducir, producir, reducir, reproducir, seducir, traducir. Y no es raro que algún maestro sea abductor, aductor, conductor, deductor, (*educador*), inductor, introductor, productor, reductor, reproductor, seductor y traductor.

También existe **educir**, un verbo español reconocido por la Real Academia, que lo explica (del latín *educere*): «sacar una cosa de otra, deducir»; mientras que mantiene educar como derivado de *educare*. Mi propia hipótesis —como la de otros pedagogos— es que educar podría venir de *educere* (de la 3ª) y no sólo de *educare* (de la 1ª). Pero, sobre todo, creo que el **educir** castellano no siempre actúa como transitivo, sino también como verbo intransitivo (la acción no pasa de uno a otro). Por ejemplo, en el área vegetativa: *crecer*, *bro-tar*, *florecer*, *fructificar*... Es decir, ¡vivir! No sólo las plantas y los animales, sino los humanos, y cada uno a su manera y con su propia vitalidad y desarrollo.

Educarse podría aludir a ese proceso vital que admite ayuda desde fuera (regar, abonar, podar...), pero que en realidad es intransitivo: cada viviente se lo juega él solo, porque no hay quien te crezca, ni te brote, ni te florezca ni te haga dar frutos. Por eso decía Paulo Freire (¡y qué pocos lo asumen!) que «nadie educa a nadie, sino que nos educamos en comunión, mediatizados por el mundo». Él sabía que el mundo nos concierne a todos y nos llama y, juntos —ojalá—, le vamos respondiendo.

Las metáforas obsoletas utilizadas para describir la educación transitiva —y ¡ojalá! transitoria— son muchas; de hecho, la arcilla con que Yahvéh hizo a Adán ha dado para mucho en la historia de la educación (modelar, moldear, formar...), y también el mármol de Carrara (esculpir, cincelar...) y la labor del jardinero (cultivar, podar, abonar...), o la del bodeguero y sus toneles (llenar, imbuir...), o la metáfora pecuaria que aún repugna más (domesticar, amaestrar...). Hoy la informática nos refresca mucho el viejo repertorio (formatear, programar...), igual que la biotecnología de la oveja Dolly, que promete hacer su carrera pedagógica: el clon tiene dos significados muy útiles para nosotros: 1º *payaso* y 2º *organismo generado por reproducción asexual*... Tal «payasada» pedagógica, como las demás, suponen que los alumnos son masa informe, tierno arbolito, vacío, tiniebla, músculo, robot, o cosas peores para las políticas educacionales, como «recursos humanos», mano de obra, tropa o piezas de la maquinaria o puzzle social. Pero siempre *dúctiles* (para seguir el *duco* latino) o, en versiones más escalofriantes: dóciles, plásticos, maleables, adaptables y, en definitiva, sumisos. De nada ha servido que nuestro tiempo —neoliberal, fenicio y mercader como pocos antes— insista en demandar creatividad, espíritu emprendedor y protagonismo. La escuela parece estar tan vieja que quiere frenar la energía de los jóvenes, en vez de potenciarla.

Pero todos nos educamos viviendo más allá de las palabras, en un proceso vital de relaciones (del que «educamos»). Y se puede ayudar o estorbar, pero ni realizarlo ni dirigirlo ni suplirlo ni dárselo a nadie desde fuera: es personal y siempre relacional, con el «ello» de la Naturaleza o con el «tú» ajeno. Las primeras relaciones infantiles son tan sagradas que los padres tienen el deber y el derecho inviolable de «educar» a sus hijos, es decir de mantenerse en relación sana con ellos. Y lo mismo sucede con las relaciones colectivas típicas de cada pueblo: son sagradas y ningún pueblo debe educar y colonizar a otros. Ni a los gitanos, claro está. Es evidente que la escuela, esa sí, transmisora de conocimientos, procedimientos y valores, puede proporcionar —o frustrar— muchas relaciones maravillosas, que nos educarían a todos; pero suele ocultar cosas, enseñar mentiras y hasta hacer superficiales pinas sublimes. Así convergen instrucción y educación...

Si una familia o una escuela, o alguna asociación, quieren ayudar a la educación de su gente (chicos y grandes, alumnos, profesores, trabajadores, familias...) no tienen que inculcar nada; sólo tienen que propiciar las relaciones.

En conclusión, para examinar los pros y los contras de este cruce de cables entre instruir y manipular, cada uno puede examinarse a sí mismo y ver cuánto tiene de sus padres y educadores dentro de su vida. Y, si es madre o padre, puede confrontarse con este amigo que me escribía desde Tallín (Estonia):

«Tardé diez días en darme cuenta de que mi hijo era una persona distinta a mí (próxima pero distinta) y no un ordenador a la espera de ser programado. Sigo admirándome de él, de lo que reconozco como mío o nuestro, pero — sobre todo — de lo suyo propio».